

# OTOÑO

Gustó, Otoño, del racimo  
el rubio, meloso néctar,  
para arrancar de su espíritu  
la espina de su tristeza.

Se internó por la campiña.  
Era la tarde violeta,  
con el sol encenizado  
que ni alumbra ni calienta.

El paso apretó, de frío,  
y al cruzar por la arboleda  
el viento, su acompañante  
cortaba las hojas secas.

Al bello árbol le quita  
su mantellina, y nos muestra  
el nido aquél que ocultaban  
sus hojas en primavera.

Y sobre el nido se ve  
al ave de centinela  
cuidando de su nidada  
por temor a la sorpresa.

Cuando baja el aguacero  
con sus cristalinas flechas,  
la pareja cubre el nido  
con sus alas entreabiertas.

Y siente bajo el plumaje  
de su pechuga, tibieza  
de nido y a sus polluelos  
mullir la lana de seda...

Todo en el campo es despojo,  
bruma, silencio, tristeza.  
Sólo el agua del arroyo  
del hontanar, que es eterna,

baja espumosa y alegre,  
clara, pura, viva, fresca,  
a empapar los largos surcos  
que el hombre labró en la tierra,

para buscar la semilla  
y confundida con ella  
dar el junco de la espiga  
que graná la primavera.

MANUEL MONTERREY

## NUESTROS CLASICOS

# SERENATA

Delio a las rejas de Elisa  
Le canta en noche serena  
Sus amores,  
Ray a la luna, y la brisa  
Al pasar plácida suena  
por las flores.

Y al eco que va formando  
El arroyuelo saltando  
Tan sonoro,

Le dice Delio a su hermosa  
En cantinela amorosa:  
«Yo te adoro.»

En el regazo dormida  
Del blando sueño, presentes  
Mil delicias,

En tu ilusión embebida,  
Feliz te finges, y sientes  
Mis caricias.

Y en la noche silenciosa  
Por la pradera espaciosa  
Blando coro

Forman, diciendo a mi acento,  
El arroyuelo y el viento:  
«Yo te adoro.»

En derredor de tu frente  
Leve soplo vuela apenas  
Muy callado,



Y allí esparcido se siente

Dulce aroma de azucenas

Regalado.

Que en fragancia deleitosa

Vuela también a la diosa

Que enamoro,

El eco grato que suena

Oyendo mi cantilena:

«Yo te adoro.»

Del fondo del pecho mío

Vuela a ti suspiro tierno

Con mi acento:

En él, mi Elisa, te envío

El fuego de amor eterno

Que yo siento.

Por él, mi adorada hermosa,

Por esos labios de rosa

De ti imploro

Que le escuches con ternura

y le oirás como murmura

«Yo te adoro.»

Despierta y el lecho deja

No prive el sueño tirano

De tu risa

A Delio, que está a tu reja

Y espera ansioso tu mano,

Bella Elisa.

Despierta, que ya pasaron

Las horas que nos costaron

Tanto lloro;

Sal, que gentil enramada

Dice, a tu puerta enlazada:

«Yo te adoro.»

José de ESPRONCEDA

## RECUERDOS

# LA GRACIA



El ingenioso comediógrafo don Pedro Muñoz Seca, era un hombre a tono con su teatro. La gracia fluía de él espontáneamente, lo mismo en las cuartillas de sus comedias que en el trato personal.

Me presentó a Muñoz Seca uno de los más geniales intérpretes de sus graciosísimos personajes: Casimiro Ortas. Estábamos en su camerino del Teatro de *La Comedia*, de Madrid, cuando se representaban *Los extremeños se tocan*, uno de los grandes éxitos del autor y del actor.

—Un paisano—dijo Casimiro al presentarme—; extremeño, como yo.

—Conste—aclaró Muñoz Seca—que el título de la comedia no quiere molestar en nada a Extremadura. Es, simplemente, un disparate más de los muchos que tiene la obra.

—Una obra graciosísima—comenté—, que puede compararse con su *Venganza de don Mendo*, porque cada una de ellas es la caricatura del drama y de la zarzuela, respectivamente.

Decía con sinceridad mi pensamiento, pues fui siempre entusiasta del teatro cómico de Muñoz Seca, maestro en el arte de la gracia.

Estuve luego con el simpático e ingenioso comediógrafo en muchas ocasiones. Había aplaudido antes y seguí aplaudiendo después sus comedias, algunas de las cuales dejaron en mí gratísimo recuerdo, tales como las dos citadas, *La caraba*, *La tela* y otras.

Con Ortas le oí comentar una vez la broma que le gastara éste, cuando se representaba *El clamor*, en San Sebastián. La escena era la sala de redacción de un periódico, con una gran mesa, en torno a la cual aparecían sentados los redactores. Uno de estos asientos lo ocupó don Pedro durante el entreacto, pasado en animada charla con Casimiro. Este, sin que el autor se diera cuenta, ordenó que alzaran el telón, para dar comienzo el acto, encontrándose de pronto Muñoz Seca ante el público. Lejos de emprender una precipitada fuga, que hubiera descompuesto la representación, trabó con Ortas un ingenioso diálogo, que sostuvo durante un rato, despidiéndose luego con la mayor naturalidad, como si todo lo dicho perteneciera a la comedia, sin que el público se diese cuenta de la broma.

En una ocasión, estando también en el camerino de Ortas, había